

ridad humana de que la sociedad debe revestirse. Para mayor subversión de las ideas de razón y justicia en el bandido, nota que mucha gente le admira, que le rodea cierta popularidad, burda y callejera si se quiere, pero al fin popularidad; y deduce — naturalmente — que la protesta formulada en su espíritu lo está en el de infinitos, en el de la muchedumbre, y que por algo se le transforma, con rápida leyenda, de salteador en héroe aclamado. Si entre las instituciones sociales y legales y la multitud existiese ese fuerte lazo, esa cohesión que caracteriza á los pueblos unidos y poderosos, el criminal, el atropellador de mujeres, no sería victoreado, sino linchado.

En suma, el bandido, después de una lífada y una odisea entre trágica y cómica, es traído adonde han de juzgarle, y sepultado en la clásica mazmorra, sin que falte á su sepelio en vida ninguna de las circunstancias del aparato que requiere tan interesante argumento. «Por lo pronto — leo en un periódico local, — el Director de la cárcel, como medida de seguridad, colocó al audaz bandido una barra de dos cuartas de largo, con un espesor de dos centímetros y medio aproximadamente, que pesa, sobre poco más ó menos, unas diez ó doce libras, sin contar las argollas. Esta barra tiene en uno de sus extremos una gruesa cabeza que impide la salida de las argollas, y en el otro una ranura en la cual se introduce un hierro á guisa de pasador, que surte el mismo efecto. Este hierro ó lengüeta había sido remachado para que el preso no pudiese desprenderse de la barra, á la cual se hallan unidas dos argollas que sujetan los tobillos del preso.»

Ante este trato excepcional, el bandido sentiría crecer su engruimiento, la vanidad infantil que le distingue, y sacarla en consecuencia que tan extraordinarias medidas suponen un ser extraordinario, obligado á realizar cosas extraordinarias igualmente. Deduciría también que la cárcel y su custodia no ofrecen garantías suficientes, cuando es preciso cargar de hierro á un preso temible; y que siendo así, la meditada evasión novelesca, precedida de pronunciamiento, en la prisión marinada debía realizarse.

* *

Y se realizó; es decir, la evasión no llegó á verificarse, por un pelo; en cuanto al pronunciamiento, fué sonado, y no sé por qué milagro no arrojó á la calle á todos los presos, de una vez. ¿Pretexto del motín? El de costumbre: no querer comer el rancho. Al primer movimiento de insubordinación de los presos, el bandido, con su hercúlea fuerza, había roto las argollas, despedazado á golpes la puerta de su mazmorra, sirviéndose de la propia barra que le sujetaba momentos antes, salido al patio á ponerse al frente de los que le aclamaban..., y á no encontrar á la puerta del rastrillo los fusiles de la tropa, paseándose está á estas horas por el campo, donde tarde aparecería otro cura capaz de echarle el guante. ¿Y quién sabe la venganza horrenda que esperaba al que logró la captura?

Entretanto, lo que el bandido Casanova pudo apreciar durante su cautiverio, en el pronunciamiento y después de él, respecto á la organización de las prisiones, forma en que la sociedad se le aparece, fué lo que verá el curioso lector, y que entresaco de los relatos que los periódicos publican:

Primero. — Que en la cárcel entran á toda hora, para los presos, *delitos embotellados*, ó sea botellas de aguardiente de caña, cobradas unas á dos pesetas y otras á duro.

Segundo. — Que cuando los presos se amotan, destrozan puertas, gritan, amenazan y turban el orden, el resultado final es que en vez de acentuarse las medidas de severidad, se atenúan; se les encierra, no solos, sino juntos, como desean; se les ponen grillos «ligeros y endebles», en comparación de los de antes, y que cierran con pequeños candados; en fin, mejora su situación.

Claro es que los bandidos no son tontos. En su espíritu — donde acaso una prisión sería, segura, sin inútiles violencias ni refinamientos crueles, sin complacencias inmorales, sin tráficos reprobables, hubiese labrado huella de reflexión y enmienda, — lo que se había abierto camino es la convicción de que, en la cárcel, con dos pesetas se tiene caña, barajas, no sé si algo más (¡Dios me perdone!), y de que, con buenos puños y decisión, al preso que no le agrada estar solo le ponen en compañía, al que le pesan unos grillos se los cambian por otros ligeros y endebles, y al que le descontenta un calabozo se le muda á otro — y no por humanidad, no por justicia, sino ante la imposición y la alarma del motín.

De suerte que la receta es conocida, y saldrá perfeccionada ahora que al bandido le reunen y le per-

miten pasar la tarde y la noche en compañía de los presos más resueltos y peligrosos. El público se promete nuevas y más sensacionales emociones, que interrumpen algo la monotonía de este mayo tan metido en frío y en agua, tan diferente de lo que se llama *primavera*.

* *

La prensa traduce la impresión asaz triste causada por la Exposición del Círculo de Bellas Artes, en la estufa del Retiro; y Cánovas y Vallejo se pregunta, asombrado, en su crítica de *La Epoca*: «¿Será que la degeneración se extiende ya, y también, á la pintura? ¿Será que no va á quedarnos ni eso? ¡Qué tristeza!»

Sin duda creía Cánovas y Vallejo que «nos quedaba eso...» Yo, desde mi visita á la Exposición Universal de 1900, me había cerciorado de que *eso* no nos quedaba, y de la ley, natural y sencilla, por la cual no podía quedarnos, á pesar del talento y de las facultades innegables de bastantes artistas españoles. No es aquí lugar oportuno para desarrollar tales puntos de vista. Sólo diré que el arte es también una fuerza social, una fuerza vital de las naciones, y que decae cuando ellas decaen en el grado y del modo que nosotros hemos decaído. El arte es, además, al par que inspiración, trabajo asiduo, concienzudo, esfuerzo estimado y premiado por la conciencia artística de una generación. No puede ser lo superficial, lo impremeditado, lo espontáneo solo; no puede ser la imitación servil y pueril de las escuelas *avanzadas* del extranjero. Ni se puede exponer antes de estudiar y dominar un poco los medios de expresión; antes de haberse buscado á sí mismo, con ardua labor y paciencia. El campo no cultivado produce ortigas y zarzas. El fruto silvestre es acedo y sin jugo.

* *

La carrera «París-Madrid» despierta viva ansiedad entre los aficionados y los curiosos. A pesar de sus malas partidas, el automóvil tiene entusiastas; se extiende y hunde en el olvido á la mesocrática bicicleta, que también ofrece sus peligros. La nota más significativa de los comentarios á la perspectiva de la carrera, es el temor de que sean apedreados los coches á su paso por el territorio español. Es un temor explicable, dada la frecuencia con que son apedreados hasta los trenes. Se han girado órdenes severísimas á los pueblos del tránsito; se ha prohibido, para evitar desgracias, la circulación por las carreteras, y se reconcentrarán la Guardia civil.

Entre los coches que visnen figura uno que quiere, en quien lo ocupe, intrépido corazón. No es otra cosa sino un motor monstruo, destinado á oponer la menor resistencia posible al aire y á desarrollar una velocidad vertiginosa. Peligro por peligro, yo eligiría este: peligro completo, reconocido, glorioso en su género; no un semi-peligro, que al fin puede costar la vida. Y disfrutaría, por algún tiempo, la sensación embriagadora de correr sobre el filo de la muerte, de verla próxima á cada instante, de devorar el espacio, de suprimir la distancia, de ser lanzado no se sabe adónde, de dejarse atrás á los otros, por veloces que fuesen.

De otro modo, el automóvil no existe. Los que le quieren lento y formal, deben cambiarle por una galera.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ASÍ ANDAMOS

¿Se acuerdan ustedes de aquel bandido, y no de la Alpujarra, sino de las sierras galaicas, donde según Tirso de Molina la malicia no existe; de aquel bandido que parecía haber renovado, en nuestra prosaica edad, las fazañas y travesuras de los Niños de Écija, Candelas y José María? ¿De aquel bandido que tuvo en jaque muchos meses á la Guardia civil; que hizo gemir á las prensas con su gesta heroica, y á quien por último un cura de aldea, *nieto del Cid*, también él y sobre todo él, prendió demostrando un arrojito, una serenidad y una destreza, que desplegada al frente de una guerrilla le hubiesen hecho rival del Empeñinado?

Pues ese bandido se encuentra en la cárcel de Marinada de Cantabria, y van ustedes á fijar un momento la consideración en lo que sucede dentro de una cárcel española, á principios del siglo xx, que ó mucho me equivoco, ó es, ante todo y sobre todo, un siglo pedagógico y penitenciario; un siglo en que los esfuerzos comunes tienden á enseñar y á corregir.

* *

Ante todo, esa cárcel marinada la visité yo hace muchos años, y los años, que no pasan en balde, para la cárcel han pasado lo mismo que un soplo, sin alterar en lo más mínimo su poco atrayente fisonomía. Es la cárcel del tipo antiguo, sombría, calabocera, sin aire, sin luz, sin condiciones higiénicas, y al mismo tiempo (curiosa anomalía) insegura, insuficiente para la custodia de un preso que tiene energía y vivos deseos de fugarse. Si; estas cárceles de figurón, semejantes á los dragones que los ejércitos llevan por estandartes para asustar al enemigo, se prestan á plantes, motines y evasiones, infinitamente más que la prisión moderna, donde el preso respira y donde no se le carga de cadenas, cual si estuviéramos en los tiempos de la Máscara de hierro y de Latude.

Un día escribí aquí mismo que, en bastantes crímenes, en muchos, la responsable directa era la sociedad (me refería á la que conozco). Y esta afirmación viene á robustecerla el reciente episodio de la historia del bandido, que ha tenido por teatro la cárcel marinada.

* *

El bandido se opone á la sociedad, la desafía; pero ¿quién es el bandido?, ¿quién era antes de lograr esa notoriedad ruidosa debida á la infracción de las leyes sociales? Un pobre aldeano, de oficio herrero, si no recuerdo mal; uno de tantos que sólo han percibido, de la sociedad, los vejámenes y limitaciones que impone, lo que coarta la expansión de las facultades individuales, sin advertir la compensación de seguridad y auxilio, el carácter eminente de solida-